DOMINGO IV DE ADVIENTO
COMENTARIO A LAS LECTURAS
P. JORGE PETERSON, OCSO



Imagen: La Anunciación, grabado en linóleo, Monasterio de la Asunción

PRIMERA LECTURA: 2 Sam7, 1-5,8-12,14,16
SEGUNDA LECTURA: Rom 16, 25-27
EVANGELIO: Lc 1, 26-38

Este año, el Adviento ha sido muy corto. Ya estamos al día antes de Navidad. María nos va a ayudar hoy a preparar nuestros corazones para entrar profundamente en el misterio de su Hijo, el Verbo Encarnado. Mientras recordamos el momento de la Anunciación, mientras contemplamos a María delante del anuncio del Ángel, aprendemos cómo es Dios. Sus opciones nos enseñan a ver la historia humana desde otra perspectiva. Una de las gracias de Navidad es apreciar lo escondido, esta silenciosa cooperación libre de María para el bien de toda la humanidad; María, por su obediencia y desde su pequeñez y sencillez, abrió la puerta para que recibamos la gracia de entregarnos a cooperar en la obra de Dios en nuestro mundo de hoy.

Dios miró a María y la eligió para ser la Madre de su Hijo. ¿Por qué? Su pequeñez encantó a su Señor. No era de Jerusalén, sino nació y vivió en Nazaret, una aldea sin importancia. Era una joven judía formada en el espíritu de fe de su pueblo. Esta fe le enseñaba esperar ardientemente la venida del Mesías, como los judíos creyentes de su tiempo. Dios miró a su pueblo dominado por el imperio romano: un poder opresor, corrupto y pagano. Dios visita especialmente a los pequeños, a los débiles, a los necesitados, a los que sienten su necesidad de ser salvados. En una palabra, a toda la humanidad, aun a los que ignoran su pobreza interior, su vacío. El sabe esperar.

Tenemos que reflexionar sobre nuestro propio "sí" a las llamadas de Dios en nuestras vidas. Solo Dios capta la importancia de la calidad de nuestras vidas para el bien de otros. En este monasterio, estas hermanas se dedican a buscar a Dios y a orar por toda la Iglesia. Solo Dios sabe cuántas personas dependen de su entrega para su salvación.

De nuevo, la imagen del cuerpo ayuda para comprender la influencia de la entrega de cada uno al plan de Dios para la salvación de otras personas. Cuando un miembro del cuerpo es sano, eleva vital de todos los demás. Cuando uno es débil o enfermo, afecta otros miembros. En la familia, en una comunidad y en la Iglesia, nos ayudamos o perjudicamos a los otros - por el ejemplo, por la oración, etc. En una palabra, por un amor desinteresado, por lo que somos y por lo que hacemos afectamos a otros. En la anunciación María no se dio cuenta del bien incalculable que nos hizo cuando se entregó sin reserva a la invitación de Dios a ser Madre de su Hijo. Arriesgó todo, en la sencillez de su corazón. Siempre era la servidora del Señor. Su camino no fue fácil, pero ella amó hasta el extremo, como lo hizo su Hijo.

Así nos damos cuenta de que estamos llamados a cooperar en la obra de salvación en nuestro propio ambiente y en todo el mundo. Es muy simple y, a la vez, abraza todo: hacer todo el bien que podemos y evitar todo mal.

Somos obra de las manos de Dios. David pensaba construir el templo para Dios. Nuestras "obras" son el fruto de su iniciativa. "Él nos amó primero." Dios no quiso que David construyera el templo; más bien, era Él quien regalara a David sus capacidades y obras. En verdad, no podemos dar a Dios nada que **Él no nos dio de antemano**. Según la parábola de los talentos, ¡ay de nosotros si no los hacemos crecer! Siempre nuestras obras son inadecuadas para agradecerle todo lo que nos ha dado.

Con S. Pablo debemos proclamar: "A Dios, el único sabio, por medio de Jesucristo sea dado la gloria."

Padre Jorge Peterson, monje trapense
del Monasterio de Santa María de Miraflores, Rancagua, Chile